

HASTA SIEMPRE

Ingrid Brena



“Oye, que acaban de publicar un plan de retiro fantástico para los mayores de 70 años”. Hace siete años oí la noticia como algo tan ajeno que no me perturbé. Pasaron los años y cumplí la edad requerida en la convocatoria, pero ni pensé en el retiro pues continuaba en plena actividad.

Sin embargo, hace dos años comenzaron los rumores de que el plan podría suspenderse, una plática con el director del Instituto me lo confirmó. Había que tomar una decisión en forma rápida, pues sólo admitían cien solicitudes. En un momento tomé la decisión ¡me jubilaría! Me aferré a mi bolsa y me dispuse a acudir a mi destino. En la puerta, a punto de salir, escuché un grito desde el pasillo, “doctora Brena, doctora Brena no se puede usted jubilar”. Se acercó un chico y me dijo: “usted es miembro del Jurado Universidad Nacional no se puede ir, además, académicas con su prestigio deben continuar”. No niego que me sentí halagada y le expliqué al chico que no se preocupara, cumpliría con mi encargo pues el retiro sería efectivo hasta 2019.

Busqué a un chofer que me llevara a las oficinas de la Dirección de Personal, pues ahí no hay donde estacionarse y porque en ese momento comenzó un aguacero que no permitía ver más allá de tres metros de distancia. Conforme a las indicaciones que me proporcionaron llegué a un conjunto de edificios y subí hasta un tercer piso, sólo para darme cuenta de que esa no era la dirección buscada, habría de seguir hasta el siguiente grupo de edificios. A pie, en medio de la tormenta, llegué por fin a la oficina correcta.

Me recibió un amable funcionario y cuando le mencioné que iba motivada por el plan de retiro me dijo: “Uh, qué mala suerte, es usted la solicitud

103, pero déjeme hablar con mi jefe". Me quedé sola, empapada y casi sin aliento, empecé a formular un repaso de lo ocurrido: el chico que me dijo que no dejara el Instituto, la tormenta, la equivocación en la dirección y ahora ser la 103, ¿no serían mensajes del más allá para que no me jubilara?

La razón me volvió. No hay mensajes del más allá y tú ya tomaste una decisión, me dije. El funcionario salió y manifestó que mi solicitud era aceptada. Sólo había que firmar unos papeles y todo listo. Salí de la oficina, de pronto salió el Sol y a mí me entró una calma que no había sentido en varios días. Esa noche dormí como lirón. Me di cuenta de que había tomado la decisión correcta.

A fin de concluir compromisos previamente adquiridos nuestro director Pedro Salazar me ofreció un contrato para terminar mis pendientes. Este periodo me ha dado la oportunidad de despedirme poco a poco de la vida académica y de recordar mis primeros tiempos en el Instituto en la Torre II de Humanidades.

Cómo olvidar las mañanas en que iba al cubículo de Rolando Tamayo para que me regalara un café, él tenía del de pluma de Oaxaca. Lo paladeaba con deleite aunque después me quedara pulso de maraquero. Si quería saber cuáles eran los últimos acontecimientos del Instituto, de la Universidad o del mundo, bastaba, para ponerse al día, salir al pasillo y encontrarse con Marthita Morineau. A veces, tomaba clase de Teoría pura del derecho con el mismísimo Ulises Schmill, y si quería conocer alguna anécdota de Pablo Neruda bastaba conversar con Álvaro Bunster. Si quería leer un buen libro la vital Bety Bernal, lectora empedernida, me daba la pista correcta, y con Ricardo Méndez Silva charlaba siempre sobre temas profundos. Las difíciles reuniones con el doctor Galindo Garfias encaminadas a la redacción de un código civil comentado me mostraron la parte más rigurosa de la academia, y las reuniones del *Avance* me permitieron aprender a catalogar libros y artículos, además de reconocer las revistas especializadas en mis temas, todo en un ambiente de camaradería.

Sin lugar a duda, en el Instituto aprendí derecho, pero también a aquilatar a un grupo de académicos que a lo largo del tiempo han demostrado su valía. Aprendí también que el Instituto no es sólo una institución académica, es también un espacio que propicia un sentimiento de camaradería y de pertenencia del que no me quiero separar.

La palabra adiós es definitiva, significa para los creyentes, hasta que estemos ante la presencia de Dios. Yo no soy creyente, pero de todos modos la palabra me suena muy fuerte, así que prefiero decir hasta siempre.

Septiembre de 2020.